



## LA MUJER ADULTERA.

Relicti sunt duo, misera et misericordia,  
(August. in Joan. Tract. XXXIII.)

**E**N el año segundo de su ministerio apostólico, Jesús, dejando la Galilea, á donde no debía volver á aparecer, mas hasta despues de su resurreccion, pasó á Jerusalem por la fiesta de los Tabernáculos ó de las tiendas. Aquella fiesta fué instituida por el legislador de los hebreos, en primer lugar, para recordarles en toda la série de los siglos que sus progenitores, al salir del Egipto, habian habitado el Desierto bajo tiendas ó pabellones durante el espacio de cuarenta años, y que solo despues de tan dura prueba les habia Dios abierto las puertas de la tierra de promision: en memoria de aquel grandioso acontecimiento permanecian por siete dias enteros bajo tiendas formadas de ramas de árboles. Y en segundo lugar, aquella fiesta tenia tambien por objeto dar gracias



Los hijos de Ararico

A. R. Sanchez lit

Lit. Llano y C.

LA MUJER ADULTERA.

al cielo por todos los frutos que la tierra habia dado, y así se celebraba despues de las cosechas, sobre el equinoccio de otoño. En el dia octavo todos los hebreos dejaban sus pabellones de verdor, y se reunian en Jerusalem y en el templo, para atestiguar solemnemente su reconocimiento al supremo Dios de Israel.

Jesus no entró en Jerusalem de una manera ruidosa y solemne, porque se le buscaba para hacerle morir, y su hora no habia llegado todavía. Entró, pues, secretamente, y mezclado con la multitud, pudo oír por sí mismo los diversos juicios que su doctrina y milagros inspiraban. Es un hombre de bien, decian unos: seduce al pueblo, decian otros: y todos preguntaban: ¿En dónde está ahora? Pero ninguno de los que en él creían tenia valor para expresar en alta voz su pensamiento, porque los enemigos de Cristo eran muchos y poderosos. Sobre el dia cuarto de la solemnidad, subió al templo y enseñó. No lo hizo al principio, pues entónces obró con la prudencia de hombre, ocultándose de los judíos, y dando el ejemplo de que no debemos exponernos sin necesidad, al furor de nuestros enemigos. Pero despues obró como dueño supremo: mostróse públicamente, enseñó en el templo, que era su propia cátedra, y se puso á cumplir su ministerio sin temor alguno de los hombres. Los judíos quedaron pasmados y atónitos, penetrados por aquella palabra tan dulce y tan llena al propio tiempo de ciencia y de autoridad, y muchos de ellos dijeron: "Cuando vendrá el Cristo, ¿hará mas milagros que éste?" Entónces los fariseos y los príncipes de los sacerdotes, viendo aquellas señales de adhesion, enviaron ministros para prenderle. Temieron las consecuencias del ascendiente que iba tomando sobre el pueblo la voz de Jesus, poderosa en obras y en palabras, y quisieron cortarlas de pronto. Pero todos los esfuerzos de la malicia humana se estrellan contra los designios de Dios. Pues los ministros enviados por los fariseos para apoderarse de la persona del Salvador, encantados, como la multitud, de la bondad y eficacia de sus discursos, no ejecutaron las órdenes que habian recibido. "¿Por qué no le habeis traído? les preguntaron los sa-

cerdotes y los fariseos." Y respondieron ellos: "Nunca hombre alguno habló como este hombre." "¿Conque vosotros también os habeis dejado seducir?" replicaron los orgullosos representantes de la ciencia. ¿Hay, por ventura, alguno de los fariseos ó de los príncipes de los sacerdotes que crea en él? Porque todo ese vulgo que no tiene conocimiento de la ley, es un pueblo maldito."

Viendo, pues, los enemigos de Jesus que la opinion no estaba aún bastante pronunciada contra él, y que la violencia fracasaria en aquellos momentos, volvieron á entrar en sus vías de disimulo, tendieron lazos al que no podian vencer por una guerra abierta, y se esforzaron en ponerle en contradiccion con la ley.

Los soberbios fariseos, que se vendian por justos, porque observaban con nimia escrupulosidad lo literal de la ley, al paso que desconocian y violaban su espíritu, vivian separados del resto del pueblo, como su nombre mismo lo significa, para no contaminarse, y para conservar su pretendida justicia en toda su pureza é integridad. Eran del número de aquellos de que habla Isaías, los cuales dicen: *Retiraos de mí, no os acerqueis porque estáis impuros.* Hablan con el mas alto menosprecio de los que seguian á Jesucristo, tratándoles, como hemos visto, de populacho ignorante en la ley, y hasta fulminado con la maldiccion de Dios. Decian al ciego de nacimiento que daba testimonio del Salvador: ¿No eres mas que un pecador desde que naciste y te metes á enseñarnos? ¿Qué mucho, pues, que hombres poseidos hasta tal punto del orgullo y de la hipocresía no pudiesen perdonar á Jesucristo una conducta, que condenaba la suya; que le inculpasen como un crimen el comer con los publicanos y pecadores; que tomasen de ello un pretexto para negarle la calidad de profeta, por mas que su propia experiencia les hubiese tan amenudo convencido que él sabia leer en lo mas profundo de su pensamiento? El conocimiento, pues, que tenian de la indulgencia de Jesus para con los pecadores, les movió á hacer una tentativa, en la cual la sabiduría del hombre Dios, dejó, como en todo lo demás, burlada su insolente y alevosa petulancia.

Estaba Jesus sentado en el templo instruyendo á la multitud agrupada á su alrededor. De repente los escribas y fariseos penetraron por entre la muchedumbre, llevando una mujer acusada de adulterio. "Maestro, dijeron á Jesus, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. La ley de Moisés castiga este crimen con la lapidacion." Hemos de creer ó que el mismo Moisés habia explicado la ley, ó que una costumbre legítima habia llegado á interpretarla; porque, de una parte, el texto pronuncia simplemente la pena de muerte, y los hebreos modernos dicen que esta pena se aplicaba por la estrangulacion: por otra parte, los hechos históricos establecen que se aplicaba, en efecto, por la lapidacion en los seis siglos que precedieron á Jesucristo.

Sea de esto lo que fuere, lo que se proponian los fariseos era crear á Jesus una grave dificultad, sometiendo la causa á su juicio. Absolver á la mujer culpable, era hacer traicion á la ley de Moisés y lastimar el patriotismo de la nacion; si al contrario, pronunciaba Jesucristo la pena capital, perdía su renombre de mansedumbre y se ponía en contradiccion con sus actos pasados, y atacaba la autoridad de los romanos que se habian reservado sobre los judíos el derecho de vida y muerte. Por esto los fariseos, creyéndose muy seguros del suceso de su tentativa, hicieron esta pregunta al Salvador: "Moisés prescribe el lapidarla. ¿Qué decis, pues, vos de eso?"

Jesus se inclinó hácia el suelo, y trazó con su dedo algunos caracteres. Mas como los interrogantes persistiesen en sus preguntas con una impaciente curiosidad, levantóse el Señor, y le dijo: "Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, arroje la primera piedra." Despues, inclinándose de nuevo, continuó á escribir. Algunos intérpretes, queriendo suplir el silencio del Evangelio, han pretendido que el dedo divino trazaba sobre el polvo las faltas de los acusadores, y revelaba las llagas de su conciencia. Pero no hay necesidad de indicaciones exteriores para enseñar á las almas lo que deben pensar de sí mismas: muy bien sabe Dios hacer brillar en nuestro interior aquella luz ver-

gadora, que provoca ordinariamente los remordimientos. De otra parte, Jesús acababa de pronunciar una palabra, llena de una luz fulminante, y que no tenía necesidad de comentarios. En boca del Hombre Dios era una inculpación terrible á los acusadores, en cuyo fondo penetraba su mirada divina, y que podía allí hacer patente lo más recóndito de su corazón. No era esto decir que no se puede jamás condenar y castigar á los culpables, no hallándose uno á sí mismo en estado de perfecta inocencia, pues esta máxima establecería sobre la tierra la más escandalosa impunidad. Pero Jesucristo venía á fundar un imperio nuevo, el de la misericordia, que acoge al pecador, excluyendo el pecado; había ya puesto la base de este imperio en la conciencia de sus oyentes, proclamando que se aplicaría á cada hombre la medida que él hubiese aplicado á sus hermanos, y en aquel momento llamaba á sus duros é hipócritas contradictores á la práctica de aquella máxima tan caritativa y tan llena de equidad.

Pretendía, además, obligar á los malignos acusadores de aquella mujer á dejarla libre, á impulsos de los remordimientos de su propia conciencia, que la palabra divina removía en su corazón; pues temer podían que el Señor, á quien nada está oculto, publicase los delitos secretos que tal vez los aquejaban y de la misma clase. Así la libertó de sus manos, dejándolos sin pretexto alguno para poderla acusar.

Los escribas y fariseos se sintieron aplastados bajo el peso de aquella palabra tan sublime como sosegada. Retiráronse uno tras otro, y como furtivamente, empezando los viejos, ó porque su conciencia se reconociese más culpable, ó porque la edad ó la experiencia les hiciese mejor avisados. El lugar que se habían hecho tumultuosamente á su llegada, quedó vacío: no había más que la mujer culpable que esperaba una sentencia, y Jesús que escribía encorvado hacia la tierra, se levantó y dijo: "Mujer, ¿en donde están tus acusadores? ¿ninguno te ha condenado? —Ninguno, Señor.—Tampoco te condenaré yo. Vete, y no peques más en adelante." Jesús despachó así la mujer culpable, porque

no ejercía las funciones de juez temporal, y la despidió como Salvador del género humano, porque con este título, sin abolir los tribunales externos ni la justicia de la tierra, venía á rehabilitar el tribunal desconocido de la conciencia, y hacer brillar á los ojos de todos la misericordia celestial y la doctrina del arrepentimiento.

Así es como el Señor halló el secreto de ejercer la clemencia, respetando la ley; de justificarse librando á la pecadora; de arrancar la máscara á los hipócritas y de confundirlos, mostrándose Él al mismo tiempo puro como la equidad, suave como la fuerza, irrefutable como la verdad. Tal es el maravilloso carácter de la doctrina moral que regeneró los tiempos modernos: la justicia, con sus formidables castigos fué, en alguna manera, relegada al segundo plan, para dejar mayor ámbito á la caridad que perdona. Por su palabra y por sus actos, desde el pesebre de Belén hasta la cima del Gólgota, y durante toda su vida el Salvador parece habernos querido decir que hay más clemencia y bondad en el corazón de Dios, que debilidad y malicia en el corazón del hombre; como si hubiese llegado ya el tiempo de atraer por medio del amor á los que el temor no había podido retener en las sendas de la justicia.

En efecto, la humanidad ha sido siempre gobernada con un arte admirable: ella se ha engrandecido bajo el ojo y la mano de la Providencia, como un hijo bajo el ojo y la mano de un padre y de una madre. Su educación, siempre en relación con sus destinos y con sus necesidades esenciales, que quedan fijas y permanentes y proporcionada asimismo á las condiciones exteriores y á la sucesión de sus progresos, que se presentan bajo aspectos mudables y variados; su educación, repetimos, se hizo por un principio sin cesar idéntico á sí mismo, pero por disciplinas diversas. Así es como se afirma y se desarrolla en cada hombre la vida física por un alimento siempre más sólido y fuerte, y como se perfecciona su alma sometiendo su libre energía á móviles más ó menos elevados.

En el origen de los siglos parecía que Dios llevaba la humani-

dad en sus brazos y que se inclinaba sobre su cuna con un aire dulce y poderoso; alimentábala con la leche de sus comunicaciones íntimas; le hablaba boca á boca para reprenderla, para instruirle, para guiarla.

Dignése conversar con Adam caído, instruir el proceso del fratricida Cain, visitar á Noé, que habitaba en medio de la corrupción, y tomar como por la mano al creyente Abraham, para hacerle salir de la idólatra Caldea. Diríase que procedía como una madre que no se acuerda de su corazón ni de su fuerza, sino para suplir á la ignorancia y á la debilidad de su hijo, desplegando según las circunstancias la autoridad, la bondad, las amenazas, las caricias y la indulgencia para sostener ese sér naciente y frágil que no se tiene aún en pié, porque le faltan los siglos y no tiene todavía instituciones en que apoyarse. Tal fué la era de los patriarcas, y como la infancia del género humano.

Al llegar la época de la juventud, época crítica y tormentosa que despierta los instintos generosos y abre ante los ojos horizontes bellos y llenos de esperanzas, pero que de otro lado hace hervir la sangre en las venas, y dá la señal de un duelo en que el espíritu y el cuerpo se disputan encarnizadamente quién poseerá la vida; entónces Dios pareció que ponía la humanidad bajo el dominio especial del temor: la ley fué de nuevo proclamada con una solemnidad terrible: descendió el Eterno sobre un carro ardiente con el fulgor del relámpago; un denso nublado, formaba el pabellón en donde su magestad reposaba: delante de Él marchaba la voz del trueno con formidable estrépito; el Sinaí estremecido temblaba bajo sus plantas. Entónces, del seno de la naturaleza conmovida y trémula salió la palabra de los mandamientos divinos, repetida en algun modo por los elementos trastornados, y grabada en el fondo de las almas por la mano del terror. Escoltada por una multitud de prácticas minuciosas y pesadas, pareciase la ley á un yugo hecho para domar una cerviz áspera é insumisa, como la de un jóven por la fiebre de sus miembros. Apoyada, además, y defendida por una sancion temporal, prometiendo fértiles rocíos,

miseses abundantes, y amenazando con la carestía y con la esclavitud, aquella ley afectaba la humanidad, principalmente por las necesidades físicas y la vida material, porque este freno era mas á propósito para contener el tempestuoso ardor y el espíritu inculto de la jóven humanidad. Sin olvidar que era padre, parecia Dios acordarse mas bien que era Señor y árbitro absoluto: en vez de intimar habitualmente sus órdenes en apariciones sensibles y familiares, las puso en boca de embajadores escogidos. Moisés fué quien cerró los tiempos primitivos, y abrió una época nueva, conversando con Dios como los patriarcas, y haciendo hablar el porvenir como los profetas. Los profetas repitieron con su voz colosal las promesas y las amenazas de prosperidad y de calamidades, perpetuando las tradiciones del Sinai, en las cuales dominaba el temor.

Vino por fin el reinado de la caridad. Dios se dejó mover de una inmensa piedad á vista de las faltas y de las desgracias de su criatura, y la visitó. Pero no era ya el anciano de dias pasando al través de los árboles de Eden con aquel extraño ruido que hacia estremecer la conciencia culpable, ni Jehová llevado en alas del rayo, y teniendo los corazones en el terror: era el Verbo dulce y suave, revistiéndose de nuestra humanidad para hacérsele mas accesible, y tomando la flaqueza de nuestra carne para comunicarnos la fuerza de su espíritu divino. Los cielos se habían bajado, todo intervalo habia desaparecido; no se veia ya al Criador hablando desde lo alto ó á lo léjos, ni al Maestro trayendo la carga pesada de un duro precepto: no habia mas que un hermano descendido para tender la mano á los hermanos y levantarlos hasta él. Lloró para volver fecundas nuestras lágrimas: trabajó para ennoblecer nuestros trabajos: vivió para divinizar nuestra vida, murió para trasformar nuestro sepulcro en una gloriosa inmortalidad. Su palabra nos trazó el camino: sus ejemplos nos sirvieron de estímulo y de atractivo: su sangre derramada sobre nosotros sostiene y repara nuestras fuerzas: desde aquel entónces establecióse entre Dios y los hombres una feliz y amigable alianza, y

todas las viejas leyes del mundo se han fundido en una ley única y nueva, que es la caridad. Por manera, que bajo sus crímenes acusadores, la humanidad se parece á esta mujer, que querian hacer condenar los fariseos. Llamada al tribunal del Salvador, no es por cierto inocente, pero es digna de compasion: la mansedumbre del cielo resplandece sobre las faltas de la tierra, y desde la cumbre del Calvario no se ven ya mas en la historia sino dos cosas: una extrema miseria en el hombre, y una suprema misericordia en Dios.

*Relicti sunt duo, misera et misericordia.*

